

## LA PERSONALIDAD DE IGNACIO de LOYOLA

Por JORGE ORTIZ AMAYA, S. J.

Invitar a un jesuíta a que haga un estudio sobre el rico tema de la personalidad psíquica de San Ignacio de Loyola es un tentación muy seductora, pero también un cometido muy serio, que atemoriza. El optimismo animador de Monseñor Félix Henao Botero ha superado el justo miedo, y me ha lanzado a dejarme seducir por la tentación. Dios me ayude.

Frecuentemente consideramos a los santos como seres tan distantes de nosotros, que ni nos atrevemos a compararlos con nuestros problemas. Y esto, quizás, no es tan conveniente. Es más constructivo y más rico en enseñanzas, despojarlos de su aureola, y considerarlos como simple fenómeno humano —en cuanto cabe— a la luz de una crítica severa e imparcial.

Y tal vez encontraremos que como valor humano hay menor distancia entre ellos y nosotros de lo que creíamos. Hallaremos que lo que les dió esa grandeza fue un timonazo en un momento de la vida, que la orientó en busca de la voluntad divina. Y nada más. Todo lo demás vino por añadidura.

Cuántos muchachos universitarios de nuestros días y de nuestra tierra, no encontrarán en su propio psiquismo reacciones y rasgos caractereo-lógicos semejantes a los de Ignacio. Más aún: cuántos no tendrán naturalezas y aun educación que los harían aptos para tener personalidades admirablemente estructuradas y heroicamente realizadas, a semejanza de la de ese valiente soldado, “la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro”.

No hay duda de que una obra como la que la Divina Providencia reservó para Ignacio supone gracias extraordinarias. El tiempo en que le tocó nacer, las exigencias de la vida religiosa de entonces, el ambiente mismo caballeresco en que se formó: todo el cúmulo de circunstancias le tejió un escenario vital que solo Dios podía preparar. No a todos los hombres les cabe encararse con la vida en circunstancias tan propicias, para darle a la personalidad una expansión tan formidable.

Pero esto no significa que la acción providencial sobre Ignacio, no contara con una naturaleza rica y magnánima, síntesis admirable de tendencias difícilmente armonizables por lo poderosas e impetuosas, pero de ninguna manera única. Si Ignacio no le hubiera dado un vuelco a su vida no habría sido más de un elegante y "polido" caballero, de valiente y noble corazón, que habría pasado por la tierra, sin dejar una huella distinta de la que dejaron tantos hidalgos señores de calidad semejante a la suya.

Y además es el mismo Ignacio el que nos enseña con insistencia que nadie sospecha lo que llegaría a ser, si no pusiera tanto obstáculo a la gracia.

Pero sí habrá entre los hombres de hoy, dotaciones tan ricas que darían base para forjar personalidades semejantes a la de Ignacio?

Dos elementos constituyen la personalidad histórica de cada individuo. Uno recibido, "hecho", por decirlo así; y otro que se da, que "se hace". El primero es lo que podemos llamar el yo biológico que resume todas las corrientes, muchas veces subterráneas, de una raza y de una historia, y que se realiza en el ambiente histórico en que le toca vivir. Este condiciona y modela en gran parte desde la cuna el caudal vital con que aparecemos en la tierra.

El segundo es el manejo de ese caudal. Es la posición que con creciente o no creciente conciencia adoptamos frente a la vida. Es la orientación que le damos a nuestro yo. Es la energía con que logramos o no logramos unificar y jerarquizar las diferentes corrientes vitales que circulan por nuestro ser. Es el objetivo que le damos, hacia donde orientamos ese patrimonio vital y más o menos subconciente, que el Señor de todas las cosas nos da para que lo administremos. Es, al fin y al cabo, el gran problema del manejo de los talentos recibidos, que los podemos enterrar, o los podemos multiplicar por la fecundidad que les demos. Es el empleo que hagamos de nuestra libertad.

El primer elemento lo estudian la tipología, la caractereología. Hay multitud de sistemas, de esquemas y de encasillamientos, con que los autores tratan de hacer su aporte en la difícil tarea de localizar a los hombres en un mapa más o menos ideal de los caracteres. Prescindamos de esos sistemas, siempre discutibles, y contentémosnos con analizar los hechos que conocemos, para formarnos alguna idea de lo que caracteriológicamente significó Ignacio.

Ciertamente no era una naturaleza fácil. No fue un jovencito piadoso y recogido, que se dedicara a ayudar en los quehaceres de la casa y que no constituyera un problema para los suyos. No es el hombre dulce y manso, que se acomoda a las circunstancias, dócil en el obedecer, modesto en la ambición, temeroso en la acción, que por su almidonamiento a muchos de mirada corta, pareciera el carácter del santo.

Todo lo contrario. Naturaleza rebelde, que más tarde, ya convertido, no le da temor encararse con la Inquisición y desafiar los recelos de sus rectores de París, y de Alcalá. Naturaleza bravía, en la que se baten con furor un idealismo sublime y una sensualidad impetuosa que lo empuja a todas las liviandades.

“El oleaje afectivo, el punto de honra, la irascibilidad, la sensualidad, toda esta levantisca turba elemental hubo de dominarla él”.

Si usáramos la conocida nomenclatura de Le Senne y de Bérger diríamos que Ignacio fue un apasionado.

Que fue un emotivo, no se puede dudar. Es verdad que en los años posteriores a su conversión y especialmente al fin de su vida, mostraba tal dominio de sí, que no habría sido fácil descubrir la alta tensión de su personalidad.

Pero el carácter no se mida por lo que se ha logrado, sino por la fuerza de las tendencias. Y si es verdad que no aparecen argumentos para afirmar que fue un hiper-emotivo, menos los hay para pensar que fue un hipo-emotivo. Tuvo una emotividad fuerte pero no excesiva; intensa, pero enteramente normal.

Baste recordar algunos rasgos de sus reacciones, cuando aún no había armonizado sus impulsos dentro de una unidad tan admirable, por la fuerza de un ideal, que es casi imposible discernir los elementos primariamente contradictorios que la integran.

Ignacio se entusiasma o se indigna fuertemente. Tan fuertemente que hay momentos en que le tendríamos por primario (el de reacciones impulsivas, incontroladas por la reflexión o la experiencia), por ejemplo cuando una “hila de nombres” le arrimó a la pared cierto día que subía por una empinada calle de Pamplona, y “echó mano a la espada y dió tras ellos una calle abajo, que si no hubiera quien le detuviera, o mata a alguno dellos o le mataran”, como nos lo cuenta Francisco Manrique de Lara.

Siente cambios bruscos, sufre de dudas obsesionantes e ideas parásitas, llega a sentirse tan violentamente oprimido hasta el amedrentamiento atáxico o la aprensión de contagio. La historia de sus escrúpulos y de sus angustias interiores difícilmente se pueden explicar desde un punto de vista caractereológico en un no emotivo. La “fantasía incontrolable que en sí propio vió campear por sus respetos durante su conversión” y que le da tanto trabajo sujetar, es buena prueba de ello.

Además del amortiguador formidable de su voluntad férrea, una vez convertido, con la que sujeta en su mano todas sus tendencias, en busca del único fin que le interesa, tendencialmente el eco de su emotividad queda acallado con el ímpetu de su acción. Ignacio es un activo y en grado eminente.

“Brioso y de grande ánimo, dióse mucho a todos los ejercicios de armas, procurando aventajarse sobre todos sus iguales y alcanzar nombre de hombre valeroso y honra y gloria militar”. Activo y ávido: un ambicioso. Ambicioso y activo en la guerra, en el amor, en el pecado, en todos sus apetitos, cuando corren descontrolados en su inquietud juvenil.

Las dificultades y aun lo irrealizable de sus proyectos no son freno para menguar su actividad. En sus meditaciones de enfermo en Pamplona en vez de alejar de sí aquellos pensamientos que le suscitan las vidas de Domingo y de Francisco, se dice: “Yo lo tengo de hacer”; y más tarde sueña con conquistar a los musulmanes y con ingenuidad

ambiciosa planea la conquista del mundo para Cristo: "si de diez que somos van seis para las Indias, para el resto del mundo qué quedará".

Actividad sumada a emotividad lo hacía exigente y a veces duro e impaciente. Es interesante lo que cuenta la criada del Hospital de la Magdalena en los procesos de Azpeitia, haciendo mención de una orden dada por Ignacio a dos sobrinas suyas y aludiendo a algo habitual en él: "Y porque sabían su condición, que era que luego quería que se hiciera lo que él decía, se fueron luego". Aun fundador ya de la Compañía se le escapaban reacciones que muestran bien a las claras el arranque interior del hombre activo, ambicioso y emotivo: "Yo os certifico, dice una vez a Ribadeneira, a quien tanto amaba, que yo os enseñé a hablar con vuestros superiores; idos de ahí". Y Ribadeneira durante ocho días no osó hablarle.

"Piénsese en el riesgo de desilusión y tentación de abandono de sus planes, que llevaba consigo el triple fracaso en la recluta de sus compañeros, derivado ya de la defección de los conquistadores, ya de la contradicción general, ya sobre todo de las amenazas de diversas autoridades" para comprender que Ignacio tuvo esa característica del hombre activo, de verse estimulado por la dificultad, antes que inferiorizado.

Que es lo que nos dice Cámara: "Por ningún respeto humano ni dificultad que se ofreciese dejaba nuestro Padre de hacer aquello que entendía poder resultar mayor servicio de Dios y bien del prójimo" y Ribadeneira: "Roguemos a Dios que se ofrezca algún negocio arduo, que luego se levantará nuestro Padre de la cama y estará bueno".

Es el mismo hombre que persuadió al alcaide a defenderse "aunque contra parecer de todos los caballeros" porque juzgaba vergüenza huir y el que soñaba "con un grande y vano deseo de ganar honra", el que disciplinado por un ideal en la arena de la realidad extiende sus estudios de 1524 a 1537, es decir de los 30 a los 43 años: y no por una innata afición a estudiar, ni mucho menos, sino porque su poderosa inteligencia práctica le muestra los estudios como un medio indispensable para alcanzar el fin, que su voluntad gigante ya ha abrazado, con toda la pasión de su temperamento exuberante y vigoroso.

Pero a pesar de esa exuberancia y de ese vigor y de esa emotividad y de esa actividad, y de esa avidez y de esa capacidad de mando, Ignacio no fue un impulsivo. Dominaba sus ímpetus. Si fue "vano y desgarrado" se debió a que le faltó entonces un ideal suficientemente alto que le ayudara a encauzar y a dominar sus "fieras reacciones".

Bien lo prueba la habilidad con que desempeñó el papel de diplomático, en las varias negociaciones que le fueron encomendadas. Desde entonces dió Ignacio, al lado del Duque de Nájera, pruebas de ese don de manejar a los hombres que había de tener toda su vida en un grado tan notable.

Este don es incompatible con la impulsividad del primario. Difícilmente se podrían comprender aquel tino y aquella prudencia que caracterizaron el gobierno del Padre Ignacio, en un hombre que no fuera "secundario", inclinado a medir las consecuencias de sus actos, a aprovechar las experiencias del pasado y a reflexionar sobre su con-

ducta. Este rasgo caractereológico le da a Ignacio ese sentido de la objetividad, de la adaptación de los medios a los fines, que causan tanta admiración en las Constituciones de la Compañía.

Vale la pena citar algo "Del modo de negociar y conversar in Domino" que pone de manifiesto lo que estamos diciendo:

"En el negociar con todos, y máxime con iguales o menores, según dignidad o autoridad, hablar poco y tarde, oír largo y libenter (gustosamente) oyendo largo hasta que acaben de hablar lo que quieren, después respondiendo a las partes que fueren, dar fin, despidiéndose; si replicaren, cortando las réplicas cuanto pudiere; la despedida presta y graciosa"... "Para conversar y venir en amor de algunos grandes o mayores en mayor servicio de Dios N. S., mirar primero de qué condición sea y hacernos de ella, es a saber: si es colérico u habla presto y regocijado, tener alguna manera en conversación su modo, en buenas y santas cosas, y no mostrarse grave, flemático o melancólico. Si a natura son recatados tardos en hablar, graves y pesados en sus conversaciones, tomar el modo de ellos con ellos, porque aquello es lo que les agrada; omnia omnibus factus sum".

Esta secundariedad, sin embargo, que ha hecho imaginar a un San Ignacio calculador, frío y esquemático, estuvo en la realidad profundamente matizada por su gran ternura, por su extraordinaria inteligencia práctica y por esa intuición que le daba su fina emotividad.

"Era maravilloso el artificio para ganar voluntades y atraerlas a Dios... decía que ayuda mucho el tenerles **verdadero y sincero amor y el mostrárselo con palabras y obras**", lo que es incompatible con un hombre frío y calculador. Amor sin espontaneidad no existe. Y todos reconocen que para Ignacio "la toma de contacto con cualquier clase de personas le era fácil y espontánea, a donde quiera que llega se hace conocido y aun popular... y éso huyendo del mundo... Sabe introducirse en los corazones... hace confidencias... para ganarse la confianza". Hasta el punto de que esa "propensión a las intimidades" que Ignacio descubrió en su propio psiquismo, para algunos fue el origen psicológico del sistema de gobierno de la Compañía, a base de confianza plena del súbdito para con el Superior y de éste para con aquél.

Nativamente pues, era Ignacio, un apasionado, realizado en el ambiente histórico en que le tocó aparecer: de guerras y caballerías, de conquistas y de hidalguía, de "bien que muy afecto a la fe, no vivía según sus creencias y no se guardaba del pecado; era particularmente desarreglado en el juego, en los asuntos de faldas y en el duelo", como lo describe Polanco.

Emotivo no en extremo, activo en grado grande, secundario o reflexivo notablemente, dominador pero comprensivo, ambicioso: sufría de avidez, de grandes pasiones y de fuertes intereses sensoriales, tierno deseando amar y ser amado, de no gran pasión intelectual, pero de grande energía para aplicarse a los estudios cuanto fuere menester: ese es Ignacio de Loyola, considerado desde el solo punto de vista de su carácter o dotación natural: de lo que recibió de sus padres y del ambiente que respiró.

Este complicado entramado de tantas fuerzas compensadoras y equilibrantes, que sin una inteligencia clara y sin una voluntad férrea

que las jerarquizaran y encauzaran, no habría sido nada en la historia, llegó a ser "... aquel hombre, cuya densa y llena personalidad hoy admira el mundo —y que— estuvo a punto de quedarse vacío y ligero mundano, y aquel carácter de tanta talla y tan bien tallado, haberse reducido a un manojito de hilachas y desgarrones" como tan bien lo anota el P. Mauricio de Iriarte.

Cuál fue entonces el mérito de Ignacio. Por qué es grande y santo? Por todo lo que recibió? No. Por las circunstancias en que le tocó vivir? Tampoco. Pues muchos otros tuvieron la misma suerte y seguramente con rasgos caractereológicos no inferiores a los del herido de Pamplona. Por las gracias extraordinarias que Dios le concedió? Sin ellas jamás habría entendido lo que entendió, ni realizado lo que realizó. Pero ellas fueron también don recibido y don rechazable.

Fue la voluntad de Ignacio, el "uso de su libertad", ayudado con la gracia divina, lo que en un momento de trascendencia para la historia de la Iglesia, le decidió a no seguir siendo juguete de sus impulsos y a agarrar todo su ser para lanzarlo con el brío y la potencia que le eran naturales en busca de un ideal supremo, que él sintetizó en su lema: *Ad Maiorem Dei Gloriam*.

Esta voluntad realizadora y eficaz, esa clarividencia en el objetivo de su vida fue lo que estructuró o definió la personalidad de Iñigo López. Esto es lo estrictamente "propio" de San Ignacio de Loyola.

Tiene razón Fulop-Miller, cuando escribe: "Ignacio estableció y todavía representa con igual perfección, el tipo moderno de voluntad, tipo que ha llegado a ser, desde entonces, la característica del dirigente en todos los dominios del esfuerzo humano... El secreto de su perduración estriba en el hecho de que la voluntad humana religiosa eligiera en su caso una meta más allá del tiempo y del espacio en los dominios del espíritu".